

Subdesarrollo, actitud petitoria y cambio social¹

Leonardo Polo

Universidad de Navarra

Los países subdesarrollados presentan inconvenientes muy claros. Aunque cuentan con recursos para remediarlos, no los usan, y esto quiere decir que en ellos la división del trabajo es muy defectuosa. La división del trabajo es uno de los pilares de nuestra civilización (en definitiva, de toda la historia de la humanidad), pero en estos países no está bien organizada. Por consiguiente, se trabaja con un rendimiento y con una moral de trabajo francamente bajos. El subdesarrollo se define, en primera instancia, tal como aparece ante un observador medianamente atento, como una defec-tuosa, irracional o desconcertada división del trabajo. No es raro que la primera reacción del observador sea la perplejidad: uno se queda indignado, estupefacto; pero si no es pesimista, captará la manera de abordar el problema.

En resumidas cuentas, es menester, ante todo, elevar el nivel cultural de esos países: o se cualifica mejor a su masa de población, o no hay nada que hacer al respecto. El subdesarrollo solamente se puede vencer con una fuerte inversión educativa; la gente trabaja mal porque sabe poco. Así se desemplea una enorme cantidad de potencialidades humanas. A mi modo de ver, siendo la división del trabajo un asunto inherente a la actividad empresarial, no puede ser tratado en esa parte del mundo sin una mejora sustancial de las instituciones docentes. Pero, a su vez, la elevación del nivel de estas instituciones necesita el apoyo de los empresarios, pues ellas solas son incapaces de superar su actual mediocridad. Se requiere asimismo la ayuda de universidades foráneas.

Por lo tanto, es necesario ayudar; el empresario en aquellos países tiene que ayudar. Pensar que eso es mecenazgo es coger el rábano por las hojas; es cuestión de vida o muerte. La unión que se ha de fomentar entre la

¹ Nos ha parecido oportuno incluir en este número de la revista estos pensamientos del filósofo español Leonardo Polo que se publicaron originalmente en *La persona humana y su crecimiento*. Pamplona, Eunsa, 1996, pp. 55-58.

Universidad y la empresa comercial, económica, es allí más necesaria que en ninguna parte. Pero se debe proceder con mucha paciencia; si no se tiene una visión a largo plazo, este reto no se puede abordar. Hay que proceder también con buen tino. La ayuda es una de las cosas más difíciles; que no basta con querer ayudar, sino que hay que saber hacerlo. Al igual que la gente trabaja mal cuando sabe poco, la gente ayuda mal cuando no sabe ayudar. Como se les ha ayudado sin cuidado, estos países han incurrido en una actitud muy peligrosa, que les puede encerrar en un círculo vicioso y hacer imposible salir de su situación.

Voy a decirlo muy rápidamente. Hay que evitar que se suscite en esos países lo que yo llamo actitud petitoria; es decir, pensar que solamente se puede vivir a costa de los demás; renunciar de antemano a la propia posibilidad de hacerse cargo de los propios asuntos; descargarlos sobre los otros hasta el punto de exigirles que sean los demás quienes los solucionen. Esta es una pésima reacción psicológica que fácilmente se mezcla con el rencor y la desesperanza.

La actitud petitoria es mucho más lamentable que el simple atraso y de ninguna manera debe ser provocada por la ayuda. La ayuda debe ser dada con la condición de que llegue el momento en que ya no haga falta. Más aún, hay que plantear como objetivo de la ayuda la reciprocidad (ahora te ayudo yo a ti, ahora me ayudas tú a mí). No podemos tener a la mitad de la humanidad en condiciones de este tipo; la actitud petitoria es antihumana. Aprovecho la ocasión para indicar que la división del trabajo existe porque el trabajo es una actividad humana integrada por varios factores, los cuales se pueden repartir de modo preponderante en distintos individuos. Para trabajar hacen falta cuatro cosas:

a. Inteligencia

b. Voluntad

c. Imaginación: es necesaria para que, tanto la voluntad como la inteligencia, puedan plasmarse en obras. A través de la imaginación, se vehicula la idea y la decisión; si el hombre no tuviera imaginación, no podría trabajar.

d. Y, por último, hace falta ejercer alguna acción manual, a cargo de las facultades corpóreas motoras humanas. Pero, sin imaginación, no se sabe usar estas facultades de acuerdo con un modelo.

Puesto que la división del trabajo requiere estos cuatro factores, implica organización: hay unos individuos que piensan, otros que deciden, otros que imaginan y otros que trabajan, en el sentido manual del término. Como el trabajo está constituido por esos cuatro factores, la división del trabajo comporta la organización del trabajo. No conviene entender la división del trabajo en un sentido dispersivo; y una mala organización del trabajo es aquella que dispersa. Cuando la masa de la población sabe muy

poco, la inteligencia de unos cuantos conecta mal con las manos de los otros. Y cuando las decisiones las toma una pequeñísima minoría, pasa exactamente lo mismo.

El ideal es que ese reparto funcional se atenúe. Es decir, que un mismo sujeto ejerza en parte los cuatro ingredientes de la producción humana y que la preponderancia de unos no sea unilateral, porque entonces ocurre que se desarticulan; si se desarticulan, se atrofian todos. Una inteligencia dirigida a la práctica, que no culmina nunca en un resultado, se atrofia como tal inteligencia práctica. Una voluntad que intenta, pero carente de imaginación y de colaboradores, se debilita. Y unas manos que nadie ha enseñado a manejar son inhábiles. La organización se estropea y el ser humano empeora cuando la división del trabajo es unilateral.

Por eso, la división del trabajo es una clave del sistema social. Es evidente que la sociedad es sistémica; y lo es porque todo lo humano es sistémico. Se dice que las empresas están para ganar dinero; lo que las empresas hacen es producir. Una empresa es la promoción de la actividad humana, en tanto que la actividad humana es productora. Pero insisto en que sin inteligencia, sin voluntad, sin imaginación y sin ejercer alguna acción externa no se puede producir. El hombre es un ser productivo, y sus componentes más importantes están implicados en la producción; por lo tanto, la producción permite el desarrollo de la inteligencia, de la voluntad y de la imaginación, siempre que estén bien coordinadas. Si no lo están, entonces empeoran.

Un mundo es más humano si mejora la organización del trabajo. Mejorar la organización del trabajo es, ante todo, no desarticular su división, y después, a medida que ese defecto se va superando, alcanzar una nueva meta: que cada actor emplee más los factores aludidos.

Quizá el primero que en la época moderna tomó conciencia del porte de un cambio social profundo fue Maquiavelo. En *El príncipe* dice: "no hay nada tan arduo de llevar a cabo, ni de éxito tan dudoso, ni de tan peligroso manejo, como el iniciar un nuevo orden de cosas".

Iniciar un nuevo orden de cosas es arduo, y hay que emprenderlo con ánimo decidido. Además, el éxito no está asegurado, es dudoso, aventurado, comporta riesgo, porque algunos factores todavía no existen, hay que fomentarlas, y además se dan factores inerciales, que son una rémora para el nuevo orden y se resisten a él. Pero hay todavía más en la mente de Maquiavelo.

El camino hacia el nuevo orden social - dice - es de peligroso manejo. No sólo el éxito es inseguro, sino que el rumbo iniciado puede acabar en una meta distinta de la pretendida, y ello tanto por la interferencia de factores extrínsecos al cambio, como, sobre todo, porque no se tiene una idea suficientemente clara del nuevo orden. Supuesto que se cumpla la

primera condición, que el agente del cambio asuma la tarea con energía, de entrada tenemos, a lo sumo, un ideal que ronda a veces con la utopía; el gran inconveniente de la utopía es que no se conoce el camino para llegar a ella. El manejo peligroso del cambio se debe a que no se conocen los medios y a que el objetivo tampoco está del todo claro. El nuevo orden está meramente esbozado. Ninguna anticipación de un orden futuro es exacta. Por ejemplo, algunos sociólogos dicen que lo que pretendía la Revolución francesa, eliminar el orden estamental, no se ha logrado, pues la actual sociedad francesa tiene fuertes rasgos estamentales (la verdad es que, en este caso, la intención de los jacobinos coincidía, curiosamente, con la de Luis XIV).

Sin un cierto rigor en la formulación del nuevo orden ni siquiera tiene sentido decir si el resultado está o no de acuerdo con el plan inicial. Muchas veces se habla de proyectos que se han desnaturalizado. Pero ¿respecto de qué? La racionalidad del proyecto ha de extremarse porque si no, iríamos dando tumbos y el cambio ocurriría de cualquier manera. No vale alegar que el cambio social es endógeno, porque con esto no se asegura que coincida con la intención de los agentes, lo que lo reduce a la simple variación histórica, la cual, para el hombre, sucede de una manera estúpida. Como decía Shakespeare: "la historia es un cuento de crímenes narrado por un idiota". Esto tiene que ver también con la pregunta kantiana acerca de la razón en la historia: ¿podemos ser partícipes de la historia, admitido que la historia posea una racionalidad intrínseca que se llama providencia? Una respuesta presuntuosa es errónea. Pero no es correcto desistir de los proyectos razonables. Por otra parte, conviene no olvidar que Dios tiene un procedimiento de actuar que al hombre le está vedado. Dios puede sacar de los males bienes, nosotros no lo podemos hacer. Es una limitación inherente a nuestra misma capacidad de acción y, a la vez, un motivo de confianza, pues supera la apreciación de Shakespeare en lo decisivo.

Dando un paso más allá de Maquiavelo, sostengo lo siguiente: el cambio social, de entrada, es inevitable y hoy lo es en sumo grado (de tal modo que no se puede detener). En la cultura occidental la intención de cambiar se agudiza en muchas ocasiones, que pueden por eso denominarse situaciones de entre épocas, entendiendo por época una fase más estable. Nuestra situación histórica es una de ellas, reside en el trance de pasar: es formalmente transitoria, pues los cambios se aceleran hasta tal punto que no se sabe cómo hacerse cargo de ellos, como gestionarlos, o quién los gestiona... Son cambios rapidísimos, es decir, no precedidos por una larga gestación.

De la Revolución Francesa podrían señalarse claves antecedentes, pero, por el contrario, la Perestroika se habría preparado seguramente en muy poco tiempo; el que primero debió darse cuenta de lo que convenía poner en marcha fue Andropov solo diez años antes; de pronto, como un

cambio caleidoscópico ocurre una mutación verdaderamente notable: el derrumbamiento de un sistema abre una situación de entre épocas; pero, ¿entre cuáles? La situación desorientada en que se encontraba Rusia en el cambio del milenio es un claro ejemplo de situación formalmente cambiante.

Me parece que la dificultad misma de la situación que nos ha tocado vivir está en la novedad. No hablemos de un nuevo orden de cosas, sino simplemente de la novedad, de la innovación. Desde el punto de vista de cualquier sujeto, si se trata realmente de una novedad, se habla de lo inesperado o lo insospechado, si se quiere.

A mi modo de ver, aunque quizá resulte paradójico decirlo cuando uno ya ha emprendido la vejez, la novedad es una de las características intrínsecas de la condición humana. La estabilidad no es una característica humana. Y tampoco lo es que en el pasado siempre exista un antecedente de lo que acaba de surgir, aunque mucha gente así lo piensa: si aparece algo de lo que no tenemos ninguna noticia, entonces consultamos a la historia. A veces nos encontramos con cosas que parecen novedades y no lo son tanto; por ejemplo, la innovación que introdujo Napoleón en el arte de la guerra si se compara con el gran maestro anterior, Federico de Prusia, se parece a lo que hicieron los romanos respecto de los griegos: pasar de la falange a la legión. La gran táctica del prusiano era una táctica de tipo griego, la táctica de Napoleón era la táctica romana. ¿Pero no estamos forzando la analogía?

No digo que no haya precedentes, que la historia no pueda ser *magistra vitae*. Lo que me niego a aceptar es la disolución de la novedad en el pasado. Las dificultades a que apunta Maquiavelo se deben a esto, no a que sea difícil imaginar un nuevo orden (la prospectiva), sino a que cuando el proceso de cambio se pone en marcha, acontece como novedad, y lo peculiar de la novedad es que aparece aislada, es decir, no incluida dentro de un orden. Maquiavelo supone demasiado: instaurar un nuevo orden de cosas. No, en la situación en que nos encontramos la "novedad" ya ha aparecido antes de encontrar un "nuevo orden", y es una novedad, justamente porque no está dentro de ningún orden. Dicho de otro modo, no sabemos todavía contextualizarla.